

Academia de Buenas  Letras de Granada

DISCURSO

PRONUNCIADO POR LA

ILMA. SRA. DOÑA MARÍA PILAR CELMA VALERO

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA
COMO ACADÉMICA CORRESPONDIENTE

Y

CONTESTACIÓN

DEL

EXCMO. SR. DON ANTONIO CHICHARRO CHAMORRO

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO
DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA
EL DÍA 4 DE MARZO DE 2019

GRANADA
MMXIX

Esta publicación ha contado con una subvención de la
Consejería de Economía y Conocimiento
de la Junta de Andalucía.



Edita: © Academia de Buenas Letras de Granada
Apartado de Correos 1013
18080 GRANADA
<http://www.academiadebuenasletrasdegranada.org>
Imprime: Taller de Diseño Gráfico y Publicaciones, S. L., Granada
Depósito Legal: Gr-233-2019

DISCURSO

DE LA

ILMA. SRA. DOÑA MARÍA PILAR CELMA VALERO

La inmigración magrebí
en el relato español actual

Excmo. Sr. Presidente,
Excmos. e Ilmos. Sras. y Sres. Académicas y Académicos,
Señoras y Señores:

Es para mí un honor que se me haya propuesto como Académica Correspondiente de la Academia de Buenas Letras de Granada, en Valladolid. Dedicada al estudio de la literatura española contemporánea desde hace más de cuarenta años, siempre he admirado a la bella ciudad que hoy me acoge en una de sus más ilustres instituciones, no solo por su historia y su arte, sino también como cuna de insignes escritores y de académicos notables. No voy a decir que mi humilde pluma haya contribuido a la difusión del rico patrimonio literario granadino, pero sí que mi admiración por autores granadinos como Elena Martín Vivaldi o como Antonio Carvajal me han llevado a escribir algunas páginas sobre ellos. Poco he hecho yo por ellos, pero mucho han hecho ellos por mí, porque la lectura de sus versos me ha llenado de emoción y de placer intelectual. Con el privilegio, además, de poder trabajar en los archivos de tantos poetas granadinos, depositados en la Fundación Jorge Guillén, espero ser, a partir de ahora aún más, una digna emisaria de la rica literatura granadina. Gracias a todos los miembros de esta Academia por acogerme en su seno y gracias a Antonio Chicharro, admirado colega y amigo, por darme esta oportunidad.

Se habla a menudo del pasado glorioso de Granada, del cruce de civilizaciones, de la huella que dejó esa convivencia en el arte que hoy admiramos... Pero Granada no es solo pasado. Sin duda esa rica convivencia ha dejado su impronta en el presente de esta ciudad. En ese sentido,

quiero referirme a la labor de la Fundación Euroárabe de Altos Estudios, que también tiene su sede en Granada y que, como la Academia de Buenas Letras, realiza una labor encomiable en el estudio y difusión de literatura y el arte de esta tierra y de los pueblos hermanos. Sin duda, el pasado árabe de la península ibérica requiere toda la atención de los estudiosos de diversas disciplinas, pero también las relaciones hispanoárabes en la actualidad reclaman estudios desde diversos enfoques. Mi contribución en favor de esas relaciones va a ser modesta, consistente tan solo en mostrar la imagen que ofrece el relato español actual sobre el tema de la inmigración magrebí.

Ante el fenómeno de la inmigración pocos españoles permanecen indiferentes. La mayoría dirán tener una opinión, favorable, contraria o, simplemente, resignada. No en vano, este tema es una de las preocupaciones que se sitúan en los primeros puestos en las encuestas oficiales (CIS, Centro de investigaciones Sociológicas), solo aventajado por el paro, la corrupción, los políticos y los problemas de índole económica. Un dato interesante: solo una minoría (2,6%) lo sitúa como primero en la lista de los problemas que le preocupan.

Sin embargo, a menudo la opinión que tenemos sobre la inmigración no está basada en datos reales, sino en apreciaciones subjetivas. Aunque de manera rápida, no está de más repasar unos fríos datos que resultan significativos:

- Según el Ministerio de Interior, el número de extranjeros con certificado de registro o tarjeta de residencia en vigor a 30 de junio de 2018 asciende a 5.331.774. En Cataluña, Comunidad de Madrid,

Andalucía y Comunitat Valenciana reside el 65,9% del total de extranjeros.

- En España hay 732.736 extranjeros de origen marroquí.
- En Andalucía hay 124.204 extranjeros marroquíes. Estos representan el 47,2% del total de inmigrantes.
- Más que la inmigración regulada, preocupa la inmigración ilegal. Sin embargo, según los datos de dicho Ministerio, en 2017 llegaron a España 25.251 inmigrantes irregulares. Dado que el flujo de inmigración que entró por mecanismos regulares fue de 532.482 personas, la inmigración ilegal representa tan solo un 4,5% del total.
- Volviendo a la encuesta del CIS, en el caso particular de los inmigrantes musulmanes, el 29% de los encuestados considera que están bien integrados en la sociedad española y el porcentaje se eleva al 52%, cuando la pregunta se concreta a los hijos de esos inmigrantes.

Estos son algunos datos objetivos sobre la inmigración en España y sobre la percepción que se tiene de ella. ¿Cuál es la visión que ofrece la literatura sobre este tema?

Como he anticipado, por razones de espacio voy a acotar el corpus objeto de análisis. Quiero antes dejar constancia de que, en las últimas décadas, se han publicado varias novelas que tratan el tema de la inmigración y que algunas de ellas están escritas por los propios protagonistas del fenómeno. En este sentido, por su especial relevancia, hay que recordar novelas como *El diablo de Yudis*, del marroquí Ahmed Daoudi, publicada en 1994; o *Jo també sóc catalana*, de

Najat El Hachmí (2004). Voy a centrarme solo en el relato español actual. He preferido elegir este género porque, al poder abarcar un mayor número de textos de autores diversos, permite comprobar una visión más amplia sobre el fenómeno de la inmigración. He utilizado tres antologías tituladas *Lavapiés. Microrrelatos* (2001), *Inmenso Estrecho* (2005) y *El retorno/el reencuentro* (2010). Esta última lleva el subtítulo de “La inmigración en la literatura hispano-marroquí” y es, por tanto, la que ofrece unos textos más vinculados al tema que nos ocupa. Sin embargo, las otras, aunque de tema general, muestran también la relevancia de la inmigración magrebí. Considerando las tres antologías, el corpus objeto de análisis lo han constituido cincuenta relatos. De ellos, quince tienen como protagonistas a personas de cultura islámica. No podré ocuparme de todos, pero espero mostrar un panorama elocuente.

Quizá el motivo más repetido es el del viaje. En la mayoría de los casos, este se ha realizado en pateras. Hay cuatro relatos que reproducen la angustia del recorrido y lo que él encierra: la huida desesperada de la miseria y la esperanza de una vida mejor. El primer relato, de Elena Santiago, se titula “Finalmente, ¿una oscuridad?” (2005: 255-260 y 2010: 141-146). Está protagonizado por una mujer y narrado en primera persona. Se trata de una joven marroquí, que está embarazada y emprende el camino de la emigración con la esperanza en una vida mejor para su hijo. Como es habitual en esta escritora, el texto muestra una gran capacidad para ponerse en el lugar del otro; por esa capacidad, es frecuente en su narrativa que esta se haga desde el yo; y que, desde ese yo, se contemple la realidad con una enorme sensibilidad, a través de un lenguaje poé-

tico, que congrega todos los sentidos y que da un tono de trascendencia a lo relatado. El comienzo de “Finalmente, ¿una oscuridad?” sirve para ilustrar lo que digo:

Un enjambre de moscas muy negras, o enjambre de sombras, ha entrado en mi cabeza bullendo dentro, revueltas y alteradas como las olas que me rodean. Este rumor de un mar que no se acaba es frío aun estando en agosto. Me salpica y amenaza, pegado a mis oídos saturados (2005: 255).

Por una parte, se muestra la terrible realidad: el mar revuelto amenazante; las moscas que pululan... Después se muestra el efecto de esa realidad encarnada en una mujer que siente (con la vista, con el oído, con el tacto) y que apenas puede razonar, confundida su mente por unas circunstancias que la sobrepasan. Vemos también la realidad trascendida, al sugerir el carácter simbólico del *enjambre de moscas*, sentido como *enjambre de sombras*. El relato continúa haciendo sentir al lector cada una de las sensaciones de la protagonista, participando de su confusión, de su miedo y también de los altibajos de la esperanza. El tratamiento poético del tema se ve, por ejemplo, al recordar lo que se deja atrás: “Desprotegidos, juntos en el mismo vaso del olvido, bebiéndolo de una sola vez” (2005: 257). Si el título se plantea en forma interrogativa, el desenlace, formalmente muy próximo, se abre a la esperanza: “Finalmente, la vida” (2005: 260).

No en todos los relatos el viaje tiene un final feliz. De hecho, solo el de Elena Santiago, de los cuatro que se centran en este motivo, está abierto a la esperanza. En “Al-Yaza’ir”, de Nieves García Benito (2010: 159-167),

aunque la inmigrante alcance la costa, el precio que tiene que pagar es muy alto. Se trata de un relato en primera persona, narrado por la propia protagonista, joven marroquí de diecisiete años, que viaja en patera para reunirse con su padre. Abandonada a su suerte en un lugar desconocido e inhóspito, es ayudada por un hombre y ella sucumbe ante él. Las consecuencias pronto se manifiestan: Al-Yaza'ir queda embarazada. Cuando meses después, su padre la encuentra, tiene que pagar al hombre para rescatarla, pues este la considera suya. Al-Yaza'ir es rescatada, pero no recupera su libertad, puesto que es recluida en un lugar aislado, para que, a escondidas, nazca el hijo de la deshonra. El texto tiene también elementos simbólicos, como el propio título, que es el nombre por el que es conocida la protagonista. El relato empieza: “Me llaman Isla; pero, por lo que me ha pasado, más bien parezco un arrecife” (2010: 159). Curiosamente, su nombre es Zuhara o Al-Zuhara, que significa ‘Lucero’. Es el padre quien, muchos años antes, le puso ese sobrenombre por el carácter reservado de la niña, nombre que resulta ser premonitorio de lo que va a ser su destino. La angustia del viaje en patera es superada aquí por la sensación de injusticia por un castigo inmerecido: la protagonista siente que va a morir y así termina el relato: “He contado esto a las paredes y a Alá porque el niño está naciendo y yo voy a morir...” (2010: 167).

El tercer relato que se centra en el viaje es de Andrés Sorel y se titula “La mujer sin cabeza” (2010: 199-215). Oímos una voz femenina que relata en primera persona su infancia en casa de su abuela, hasta que esta muere y la familia tiene que abandonar la casa. Hacia mitad del relato es cuando conocemos el nombre de la protagonista y vemos

que, en realidad, sus palabras se enmarcan en una narración en tercera persona: son solo tres breves párrafos que introducen al narrador externo, que resulta ser omnisciente. La primera vez que nos percatamos de la existencia de ese narrador interpuesto es cuando dice: “Nadiva Mernissi callaba, reconcentrándose en sus recuerdos, alineándolos para trenzar la última historia de su vida, la más trágica, la que daba aliento a su voz” (2010: 206). Sigue un breve pasaje en boca de Nadiva y otros dos brevísimos párrafos del narrador, que introduce nuevamente el relato de la protagonista: “Y siguió hablando con parecidas palabras” (2010: 206). A partir de allí, dejamos de percibir nuevamente la presencia del narrador. Estos breves párrafos en boca del narrador dividen el relato de Nadiva en dos partes: la primera, centrada en los antecedentes del viaje: la infancia feliz y la “iniciación a la vida”, que incluye su matrimonio forzado a los catorce años, con un hombre cuarenta años mayor que ella, y el abandono a este, diez años después. La segunda parte se ocupa del tema de la emigración como única salida a la situación que vive. Hay algún *flash-back* nuevamente hacia su infancia, pero todas las referencias a momentos anteriores al viaje se centran en las palabras de personajes —la abuela, el hermano, una prima, la madre— que justifican la emigración y la animan a emprender esa aventura. Las circunstancias y las palabras de quienes la quieren llevan a la protagonista a la búsqueda de libertad a través del sueño de la emigración. Enseguida y de forma muy rápida, Nadiva relata su final: “dejé de recordar cuando naufragamos. Luego fuisteis vosotros quienes me informasteis de que la hélice de un barco partió en dos mi cuerpo y de que todavía no ha aparecido mi cabeza”

(2010: 214-215). El final es sorprendente, no tanto por el naufragio y la muerte de la emigrante, accidente habitual, al que lamentablemente estamos acostumbrados a través de los medios de comunicación, cuanto porque el relato se abre al realismo mágico: hemos estado oyendo la voz de una mujer ya muerta.

El cuarto relato en torno al motivo del viaje se titula “Fátima de los naufragios” (2010, 171-187), de Lourdes Ortiz. Es un relato tan admirable literariamente, como conmovedor. Está narrado en tercera persona, por un narrador externo, ajeno a la historia, y omnisciente. Relata la historia de una mujer marroquí, Fátima, que, enloquecida, pero en una actitud absolutamente pacífica, lleva años en la costa española, siempre mirando al mar, esperando el milagro de que las olas le devuelvan al marido y al hijo perdidos en un naufragio. Los habitantes del pueblo respetan su dolor. Conocen su historia gracias al testimonio de otro inmigrante que viajaba con ella. Solo él y Fátima se salvaron del naufragio. El relato está salpicado de sutiles alusiones, religiosas o mágicas, que rodean a la protagonista de un halo de misterio: “Ella, os lo digo, ya no es de este mundo” (2010, 178-179), dice un personaje. El narrador la califica como “Virgen o santa, salida de las aguas como una premonición” (2010: 179) y, en otro lugar, afirma: “Fantasma, aparición, o santa o virgen morena, contagiaba su añoranza” (2010: 182).

La escena final es sobrecogedora. Un joven avisa a la gente, que acude en tropel a ver el “milagro”: desde lejos contemplan a la mujer que tiene en su regazo a un joven exánime, descoyuntado. Al final, el mar no le devuelve a Fátima a sus seres queridos, pero le trae el cuerpo sin vida

de otra víctima más de las pateras, un joven subsahariano. El narrador relata la actitud de Fátima y las impresiones de los que la observan:

Los demás se iban acercando sin atreverse del todo a interrumpir el canto de la mora, que dejaba caer sus lágrimas sobre el rostro tan redondo y perfecto del Cristo africano [...] La mujer ajena al corro de curiosos que se iba formando a solo pocos metros de distancia, besaba ahora las mejillas del muchacho tan oscuro de piel, y todos pudieron ver su sonrisa, la sonrisa de una madre que acaba de escuchar las primeras palabras balbucidas por su hijo (2010: 184).

Ante la actitud recogida y amorosa de Fátima, una aldeana exclama: “Nuestra señora de los naufragios, virgen de las pateras, madre amantísima, ruega por nosotros” (2010: 179) y “una a una, todas las mujeres fueron postrándose, mientras los hombres inclinaban la cabeza” (2010: 179). Con la imagen de la Piedad, sin duda grabada en la retina de todos los lectores de la católica España, la sensibilidad con que ha sido presentada la historia de Fátima hace el milagro de conciliar dos culturas en torno a una sola tragedia.

Tras el penoso viaje, los que logran llegar a la península tienen una desigual acogida. En el relato titulado “Comisaría de la calle de la Escuadra, turno de noche” (2001: 113-115), de José Antonio Lago, aunque de una forma rápida, se hace alusión a la xenofobia de algunos agentes de policía. Está narrado en primera persona por un policía que, aun sin motivo, detiene a un joven marroquí y lo lleva a la comisaría. En realidad, el policía relata la actitud sumisa del joven y, al final, se impone el respeto, cuando este le

pide permiso para orar. Esta actitud contrasta con la de unos jóvenes subsaharianos, también detenidos, a los que el policía descubre haciendo vudú con una figurilla que le representa a él. De alguna manera, aunque el policía parte de una similar actitud de rechazo al inmigrante, marca la diferencia entre una cultura más próxima a la nuestra (con el fondo común de las religiones monoteístas) y otra cultura tan alejada como la de las religiones animistas.

Hay dos relatos que representan muy bien la distinta acogida que pueden tener los inmigrantes magrebíes y ambos se desarrollan en Granada. En el primero, titulado “Kamal” (2010: 191-195), de Federico García Fernández, un joven inmigrante marroquí, recién llegado a España, va una tarde a la Alhambra. Allí disfruta, contemplando absorto las maravillosas vistas y dejando volar su imaginación hacia un pasado remoto. Cuando emprende el regreso, es increpado por unos “ultras”: “Eh, tú, moro” (2010: 193). Intenta huir, pero le cortan el paso. Los improperios que le dirigen desvelan los peores tópicos sobre la inmigración: “Solo vienen a robar! ¡Y a violar!” (2010: 194). La voz del narrador se impone para dejar constancia de que esa no es una opinión generalizada: “Si la humanidad no hubiera trazado la cicatriz de las fronteras sobre la Tierra, él no sería un cuerpo derribado por el odio de la diferencia” (2010:194). Finalmente, Kamal logra zafarse de sus acosadores, pero se va con los sueños rotos.

El otro relato muestra la cara opuesta a esta actitud xenófoba. El título es suficientemente significativo: “Cruce de civilizaciones” (2010: 219-231), de Ángela Vallvey. Está narrado en primera persona por una joven española, de diecisiete años, que contempla con absoluta naturalidad ese

cruce cultural. El relato, además, es de los pocos que tratan el tema de la inmigración con un enfoque humorístico. La joven Richel es la menor de cinco hermanas. Con la madre y la abuela, suman un total de siete mujeres. La familia se completa con un único hombre, el padre. Además, tienen una mascota que, como no podía ser de otra manera, es hembra, una perrita llamada Carmina Soto, el nombre de una vecina a la que el padre odia. Por otro lado, el padre tiene un amigo, “Mohamé”, al que llama el Moro. Richel afirma que no es propiamente un inmigrante, porque lleva muchísimos años en Granada. Está soltero, aunque, según dice el padre, podría tener diez mujeres porque su religión se lo permite:

Imagínate... —dice mi padre haciendo un rictus de amargura—, ese capullo de Mohamé, que podría tener la casa llena de mujeres, es tan listo que no tiene ni una. Y yo, que soy católico y apostólico y romano, y más tonto que una patata, tengo la casa llena... (2010: 224).

Mohamé, tomando una copa con el padre, le cuenta la muerte de un amigo de infancia, en el Estrecho. Su integración en la cultura española queda de relieve con el comentario que hace: “Ahogado, Manolo, en el estrecho. Ese mar, ese mar... [...]. Vamos al mar, venimos del mar... ¡Ah, el mar!, como dijo el poeta...”, y enseguida continúa: “Que la vida son los ríos que van a dar a la mar, que es el morir” (2010: 227). El humor se produce, sobre todo, al final del relato, cuando Richel descubre a su madre y su abuela cotilleando, porque Carmina Soto está embarazada. Ella piensa en la perra, pero enseguida le dicen que

se trata de la vecina y que el hijo es de Mohamé. Ella lo encuentra normal, pero piensa: “Lo único malo sería darle la noticia a papá, que adoraba a Mohamé y no podía ver a Carmina Soto ni en pintura. Probablemente mi padre tendría sentimientos encontrados hacia el chavalín cuando naciera. Pero así es la vida” (2010: 231).

El otro relato que también aborda el tema de la inmigración con un enfoque humorístico y que, igualmente, muestra la integración y la necesaria confluencia de intereses es el de Carlos Sardinero, titulado “Una noche muy larga” (2001: 129-130). Está narrado en primera persona por un hombre que entra una noche en un bar del barrio de Lavapiés, ocupado por clientes de múltiples nacionalidades. Al poco rato entra un marroquí y grita “Allah es grande”. Se produce un silencio expectante. Es inevitable que todos los clientes del bar —y, de la misma forma, todos los lectores— asocien ese grito con el terrorismo. Sin embargo, los clientes se sienten animados a continuar con los vítores y cada uno grita lo que se le antoja: “¡Viva la revolución!”, grita un vejete, “¡Viva la Virgen de la Macarena!”, dicen unas sevillanas; “¡Viva la jefa de la casa!”, dice un cubano; “¡Viva el amol!”, dice una caribeña. La dueña del bar se deja llevar por la animación, cierra el local e invita a todos. Les espera “una noche muy larga”.

Quizá alguien piense que la inmigración es un tema serio y complejo y no vea con buenos ojos su banalización, a través del humor. Pero pienso que el humor, no hiriente, en una cultura como la española, contribuye también a la normalización del fenómeno y sirve para “quitar hierro”.

Dentro del planteamiento de la convivencia entre culturas no podía faltar el tema del amor. Hay dos relatos muy

significativos, que plantean el amor surgido entre personas de ambas culturas. El primero, es de Lorenzo Silva y se titula “Un ingeniero para Jalima” (2001: 17-20). Se narra la historia de un joven ingeniero que coincide en el metro con una joven marroquí, hacia la que se siente atraído. Parece surgir la chispa: para él, ella representa el misterio, la vitalidad, la dulzura. Para Jalima, él es la encarnación del sueño que desde niña la ha acompañado: encontrar a un hombre que la amara y la sacara de la miseria. Él consigue una cita y se siente absolutamente feliz y enamorado en su encuentro. Pero unos *skins* increpan a ella y él, al defenderla, es acuchillado y muere. La madre del joven culpa a los inmigrantes de la muerte de su hijo y de todos los males. Sin embargo, el final del relato eleva la verdad por encima de las opiniones miopes:

Y así siguió viviendo [la madre], convencida de su razón certificada por los hechos; sin llegar a sospechar jamás que en la vida de su hijo no había habido un instante de felicidad superior a aquel en el que había realizado, aunque fuera tan fugazmente, el sueño de Jalima, su amada bereber (2001: 20).

En el otro relato, “El sabor de una gota de miel” (2001: 119-122), de Antonio Sánchez de Amo, una mujer española casada se enamora de un carnicero marroquí. Abandona a su marido, pero este la encuentra. Después de golpearla, le pregunta airado: “¿Por qué con ese maldito moro de mierda?! ¿La tiene más larga que yo, zorra?”. La pregunta pone en evidencia la actitud machista, no solo del marido, sino de toda una sociedad, que desenfoca la realidad del problema. La esposa vuelve a sentir terror, “vuelve a no

ser ella”, pero aún puede contestar: “No, simplemente es mejor que tú” (2001: 122).

Todavía hay un relato más que plantea el amor surgido entre dos personas de distintas culturas, una mujer saharauí y un hombre cubano. Sin embargo, aquí el tema del amor se minimiza ante la actitud crítica que destila todo el relato. Se trata de “Sin tierra” (2005: 57-82), de Lucía Etxebarría. La primera parte, en la que la joven cuenta las circunstancias que ha vivido su pueblo, tiene un tono discursivo: se explica la historia y la situación actual del Sahara, las acciones del Frente Polisario, la vida miserable en los campos de refugiados. La joven es becada para completar sus estudios en Cuba. Allí conoce el amor y vive una experiencia apasionante. Pero tiene que regresar para ser útil. Para ella se impone el sacrificio, no solo por las imposiciones familiares y de su cultura, sino sobre todo por una responsabilidad de tipo político. Ella ha de ser útil; ha de devolver a su pueblo la inversión que este hizo en ella. Después le espera un matrimonio sin amor, simplemente porque ella es la mayor y su cultura exige que se case antes que sus hermanas, que ya están comprometidas.

Este relato nos lleva a plantear el tema de la crítica a la sociedad islámica por la situación de sometimiento que todavía viven sus mujeres. Ese es quizá el mayor escollo para la integración plena de los inmigrantes magrebíes en la cultura occidental. El mensaje —explícito o sublimar— de tolerancia y el deseo de acogimiento que, en general, domina en todos los relatos que hemos visto se difumina ante la denuncia de discriminación que sufren las mujeres en esa cultura. Además de “Sin tierra” de Etxebarría, el relato de Nieves García Benito, “Al-Yaza’ir”, es también

una clara denuncia de esa situación: la protagonista es una joven ingenua, inexperta, analfabeta, forzada a la emigración, castigada por un error del que apenas es consciente. La crítica a la sociedad patriarcal queda patente: “Cada padre, en su casa y con sus hijos, hace lo que quiere. Siempre ha sido así” (2010: 161).

Pero no solo las escritoras son sensibles a este tema, también hay escritores que denuncian esa discriminación: hemos visto el relato “La mujer sin cabeza” referido al motivo del viaje. Pero el realismo mágico que se impone al final de este relato no enmascara la crítica social que se vierte a lo largo de todo él: vemos primero cómo una familia es echada de la casa familiar cuando muere la abuela que los amparaba. La miseria arrastra a la madre a entregar a su hija en un matrimonio forzado y desigual: la joven protagonista tiene catorce años y es entregada a un hombre cuarenta años mayor que ella. Recibe vejaciones y malos tratos hasta que, diez años después, decide abandonarlo. Un hermano del marido va a casa de la madre a reclamarla. Sus palabras para justificar los malos tratos resultan elocuentes y necesariamente revelan una crítica explícita para los lectores europeos: “Mi hermano no está exento de defectos, cierto es, ¿qué hombre no los tiene? Pero es su marido según la ley. Ella debe obedecerle. No puede abandonar su casa, su tierra, encontrarse con los infieles” (2010: 210). Y cuando la madre justifica la necesidad de salir del país en busca de mejores condiciones de vida, él insiste: “Dios maldice a las mujeres que pretenden convertirse en hombres, que salen a trabajar fuera del ámbito de la familia” (2010: 211). Su alegato final es contundente: “La mujer no ha de salir más que

dos veces en su vida de su casa: la primera, desde la casa del padre a la del marido; la segunda, desde la casa del marido al cementerio” (2010: 212). Dicho esto, el cuñado la amenaza y a la protagonista sólo le queda la vía de la emigración. El resultado ya dijimos cuál era. Después de todo, las palabras del cuñado anticipan el trágico final, solo que Nadiva ni siquiera podrá descansar en el cementerio.

No quiero terminar con el tema de la discriminación de las mujeres en la sociedad magrebí, que es sin duda uno de los pocos puntos de desencuentro entre las dos culturas. Prefiero resaltar uno de los elementos de la cultura magrebí más admirados por los escritores españoles: la maestría de sus contadores de historias. En el “Séptimo viaje” (2005: 199-213), de José María Merino, un hombre recibe la visita de tres extranjeros que le piden comida. Uno de ellos le recuerda la figura de un “moro” que conoció en su niñez y rememora la admiración que sentían cuando Sambá les contaba los viajes que había realizado hasta llegar a su pequeña ciudad. La figura del humilde “moro” se engrandecía al narrar las historias fantásticas que contaba. No importa que el hermano mayor desvele al niño que esas historias proceden de un libro. El protagonista proclama:

Todavía no sé por qué guardé silencio ante la evidente impostura. Acaso sentía cierta piedad por aquel hombre [...]. Pero también debió de influir la propia veracidad que Sembá ponía en la narración, pues contaba con tanta gracia y verosimilitud aquellas historias de cada uno de sus viajes [...], que no me parecía que fuera él quien repetía lo que estaba impreso en el libro, sino que era el libro el que conservaba, con la obligada frialdad de las palabras escritas, lo que alguna

vez había nacido, como testimonio verdadero, en los propios labios de aquel narrador (2005: 208-209).

No aspiro a haber resultado yo misma una buena contadora de historias. Pero sí espero que mis palabras hayan servido para animarles a la lectura de unos textos sugerentes, emocionantes, cargados de sentido y de calidad literaria; textos que buscan un punto de encuentro entre dos culturas, distintas, pero no distantes.

BIBLIOGRAFÍA

- AAVV (2005). *Inmenso Estrecho*. Madrid: Kailas.
- AAVV (2001). *Lavapiés. Microrrelatos*. Madrid: Ópera Prima.
- Rueda, Ana (Ed.) (2010). *El retorno/el reencuentro. La inmigración en la literatura hispano-marroquí*. Madrid: Iberoamericana Vervuert-Cátedra Miguel Delibes.

MARÍA PILAR CELMA VALERO
(Zaragoza, 1955)

María Pilar Celma Valero es licenciada en Filosofía y Letras (Filología Románica) por la Universidad de Zaragoza y doctora en Filología Española por la Universidad de Salamanca. En 1989 se incorporó a la la Universidad de Valladolid, en donde, desde 1997, es Catedrática de Literatura Española. Su línea principal de investigación es la literatura del siglo XX, con tres focos de atención: el Fin de siglo, el período de entreguerras y la poesía y narrativa desde la guerra civil hasta la actualidad. Ha participado en siete proyectos de investigación competitivos y en la actualidad es Investigadora Principal del proyecto “La narrativa breve española actual: estudio y aplicaciones didácticas” (MINECO-FEDER).

Es autora de los libros *La pluma ante el espejo (Visión autocrítica del Fin de siglo)* (1989), *La crítica de actualidad en el Fin de siglo* (1989), *Literatura y periodismo en las revistas del Fin de siglo. Estudio e índices* (1991), *Caras y más caras de 1900 (Siluetas literarias)* (1999); *Elena Martín Vivaldi, una poética elenamente entrañada* (2009); es coautora de *Miguel Unamuno, poeta* (2002) y responsable de edición de una decena de libros colectivos. Es directora de la revista internacional *Siglo XXI. Literatura y cultura españolas* y miembro del Comité científico de cuatro revistas académicas internacionales. En el año 2000 ganó el VIII Premio de Investigación “Rigoberta Menchú”, con su obra *Pienso, luego escribo. La incorporación de la mujer al mundo del pensamiento* (2001). Además ha publicado diversos artículos, en revistas nacionales e internacionales,

sobre Unamuno, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Valle-Inclán, Azorín, Miguel Delibes, Antonio Carvajal, Luis Antonio de Villena...

Es Coordinadora del GIRLEC, Grupo de investigación reconocido de Literatura española contemporánea, y Coordinadora de la Unidad de investigación reconocida de Castilla y León “Literatura española y Humanidades digitales”.

En la actualidad es codirectora de la “Cátedra Miguel Delibes” y Presidenta honoraria de ALCES XXI (Asociación Internacional para el estudio de la Literatura y el Cine españoles del siglo XXI). Fue Presidenta de la AEPE (Asociación Europea de Profesores de Español) desde 2010 a 2016.

Fue miembro del equipo del proyecto *Tesoros. Curso multimedia para la enseñanza del español a distancia* (comercializado por Editorial BeM y la prestigiosa editorial norteamericana McGraw Hill); participó en el Proyecto AGIL (Aplicación generadora de cursos de idiomas en lecciones personalizadas), financiado por Telefónica, Fundación General de la Universidad, Boecillo Ediciones Multimedia y Agencia de Desarrollo). Ha sido directora de los proyectos “Adaptaciones literarias interactivas para la enseñanza de español como lengua extranjera” y Antología de la poesía hispánica para la enseñanza de español para extranjeros (E/LE)”, ambos subvencionados por la Junta de Castilla y León (subvenciones destinadas a financiar proyectos de contenidos digitales culturales y de recursos didácticos del Español en Internet o dispositivos móviles).

Muy interesada en la transferencia de conocimientos universidad-sociedad, en la actualidad es Administradora de la empresa de base tecnológica Agilice Digital, spin-off de la Universidad de Valladolid.

CONTESTACIÓN

DEL

EXCMO. SR. DON ANTONIO CHICHARRO CHAMORRO

Excmo. Sr. Presidente,
Excmos. e Ilmos. Señoras y Señores Académicos,
Señoras y Señores:

Constituye una satisfacción para mí actuar en nombre de la Academia de Buenas Letras de Granada para responder al discurso que acaba de pronunciar la ilustrísima señora doña María Pilar Celma Valero en su recepción como académica correspondiente en Valladolid, capital de España en tiempos imperiales y actual capital de Castilla y León, cervantina ciudad de muy vivas letras además, cuya antigua universidad, donde la sabiduría edificó su casa, como reza su lema, se remonta al siglo XIII; sede también de la Fundación Jorge Guillén que alberga los legados de Elena Martín Vivaldi, Trina Mercader, Rosaura Álvarez, Antonio Carvajal, Jenaro Talens, Manuel Talens y Francisco Acuyo, escritores granadinos o estrechamente vinculados a Granada y de los que, en el caso de Elena Martín Vivaldi y Antonio Carvajal, ha publicado en espléndidas ediciones de 2008 y 2018 sus respectivas obras poéticas. En ese mesetario enclave castellano de pujante cultura, nuestra Academia necesitaba estar representada por una persona de alta preparación y cualificación literarias que no sólo acreditara méritos de esta clase sino que al mismo tiempo mantuviera un vínculo con Granada y su cultura, esto es, que se tratara de una persona con las dos caras del dios Jano.

Pues bien, su añadido currículum vitae a la publicación de estos discursos, la hoja de vida como tan hermosamente se dice en la América hispanohablante, registra una selección

de sus principales méritos como profesora e investigadora de la literatura finisecular, la del período de entreguerras, además de la poesía y narrativa desde la guerra civil hasta nuestro momento presente. Entre sus publicaciones, en las que no faltan las dedicadas a escritores granadinos como Ángel Ganivet, Elena Martín Vivaldi, Antonio Carvajal y Rafael Juárez, cuenta con las que se ocupan de otros autores españoles como Bécquer, el vallisoletano José Zorrilla —coronado poeta nacional en Granada en 1889, de lo que en esta ciudad se guarda desigual memoria—, Manuel Machado, Antonio Machado, Francisco Villaespesa, Miguel de Unamuno, Juan Ramón Jiménez, Valle Inclán, Rafael Alberti, Miguel Delibes, M^a Victoria Atencia, Lucía Sánchez Saornil, entre otros muchos más próximos a nosotros que no me paro a nombrar. Esta nómina habla por sí sola de la amplitud de sus conocimientos e intereses literarios. Pero debo señalar además que María Pilar Celma no ha querido limitarse sólo al estudio, por cuanto viene dedicando parte de su tiempo a la gestión e impulso del mejor conocimiento de la literatura española contemporánea a través de la dirección de la Cátedra Miguel Delibes, con sedes permanentes en Valladolid y Nueva York, y en cuyo informado diccionario de autores, por cierto, figuran no menos de veinte escritores de Granada; también, con su colaboración con empresas tecnológicas de la Universidad de Valladolid; además de con la publicación de no pocos libros y materiales didácticos para distintos niveles de enseñanza de la lengua y literatura españolas.

Todo lo que acabo de exponer sobre la recipiendaria colma las expectativas que la Academia se creó al votar por unanimidad esta nueva plaza de correspondiente. Así pues,

sólo me cabe agradecerle a nuestra académica que aceptara pertenecer a la Corporación y, con ello, convertirse así en puente entre Valladolid y Granada que sirva para colaborar en la promoción del estudio y cultivo de las buenas letras, en el estímulo de su ejercicio y en la contribución a ilustrar nuestra historia, fines a los que estamos obligados por nuestros Estatutos. No tengo la menor duda de que los cumplirá a plena satisfacción y por eso, en nombre de mis compañeros académicos, le doy mi mejor bienvenida a esta casa de las letras de Granada.

En cuanto a lo que es la primera aportación suya a la Academia, el discurso que acaba de pronunciar sobre la inmigración magrebí en el relato español actual, sólo me cabe el elogio. En primer lugar, por haber elegido un dominio de estudio que pertenece a una de las últimas líneas de investigación de la literatura española, presente también en otras disciplinas como las artes plásticas y el cine, que desde hace unos años está logrando numerosas aportaciones. Yo mismo he contribuido a este respecto al dirigir en 2014 la tesis doctoral de Christophe Emmanuel Séka titulada *Texto cultural, literatura e inmigración: estudio de la inmigración africana en la literatura española actual (1992-2009)*. El complejo mundo que vivimos y los procesos migratorios que se están redoblando en varios escenarios del planeta, entre ellos en el del Mediterráneo, ya se trate de emigración económica, humanitaria, política o de cualquier otra índole, de los que tenemos noticias diarias diversas, por lo general muy dolorosas, han acabado por generar una respuesta en forma de obras artísticas, fílmicas y literarias que a su vez suscitan la necesidad de su análisis, comprensión e interpretación. En este sentido,

la recipiendaria hace honor a su formación filológica y específicamente literaria poniendo sus ojos en obras de nuestro tiempo porque, como ser humano, nada le es ajeno, y la literatura en tanto que ficción verbal se nutre de la conciencia de sus autores. Por eso leer es una operación de calado, máxime cuando la materia literaria se nutre de la representación en una cierta cultura de los otros.

En segundo lugar, mi elogio se debe a la razón que ha guiado su estudio: mostrar la imagen, dice, que el relato español ofrece de la inmigración magrebí como un modo de contribución a las mejores relaciones hispanoárabes teniendo conciencia clara del telón de fondo de la *actio* del discurso —esta que acaba de darse— en la ciudad de Granada, cuyo ya multicultural ya intercultural pasado y presente históricos no necesito recordar a este auditorio. Quien lo desee que pose su mirada desde cualquier ángulo en la Sabika, la colina de la Alhambra. Todo queda dicho. Por eso, tal vez haya resultado de especial interés la aproximación que ha efectuado a dos de los relatos en los que el desarrollo de su historia tiene lugar en Granada, “Kamal” y “Cruce de civilizaciones”, de Federico García Fernández y Ángela Vallvey, respectivamente. En todo caso, el propósito de su estudio, que tiene su fundamento en una clara posición ética que rige toda su investigación, la lleva a plantear la crítica de la sociedad islámica por el sometimiento en el que mantiene a la mujer, lo que constituye, como hemos escuchado, “el mayor escollo para la integración plena de los inmigrantes magrebíes en la cultura occidental”.

Y termino. Lo haré con la lectura de un poema de nuestro académico Antonio Carvajal como un modo de

bienvenida a la recipiendaria y también sentido homenaje a quienes anónimos —romanos, musulmanes, cristianos y tantos otros— levantaron piedra a piedra, árbol a árbol y letra a letra esta ciudad. Se trata de “Vísperas de Granada, 3” en el que la voz poética, que representa a un jardinero de la Alhambra, se lamenta en primera persona para decir:

Tampoco tengo nombre
yo, ni rango, ni casa,
ni tierra que me acoja.
No me tengo a mí mismo,
como no tuve rostro
y nunca tendré historia.

Fui el que hizo posible
que entre frutos maduros
se abrieran densas rosas
y un príncipe doliente
tuviera en las pupilas
fuentes, prados y corzas.

Mi vida es la constante
canción que dijo el agua
en las nieves remotas,
pero nadie la escucha,
como no escucha nadie
la brisa entre las frondas.

Este discurso, editado por la
Academia de Buenas Letras de Granada,
se acabó de imprimir en Granada
el 21 de febrero del año 2019,
efemérides del nacimiento de José Zorrilla
que, en la Alhambra, en 1889, sería coronado como
poeta nacional por el Duque de Rivas, en presencia
de la reina regente María Cristina y de 16 000 granadinos.
Sus versos siguen resonando entre sus piedras:
*“Dejadme de Granada en medio el paraíso
Do el alma siento henchida de poesía ya”*,
en Taller de Diseño Gráfico
y Publicaciones, S. L.,
estando al cuidado de la edición
el Ilmo. Sr. D. José Gutiérrez,
Bibliotecario de la Academia.

Granada,
MMXIX